



¿PUEDE EQUIVOCAR-  
SE LA BIBLIA?

## ¿PUEDE EQUIVOCAR-

Jaime Loring, S. I.

**R**ESPONDER a esta pregunta negativamente no cabe duda que tiene un tanto de audacia. Los libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento fueron escritos en épocas remotas de la Historia: Moisés con su Génesis se remonta al 1.200 antes de Cristo, y S. Juan el más moderno de los autores sagrados no pasa más acá del año 100 después de Cristo. Parece mentira que en épocas tan lejanas y culturalmente tan primitivas, los autores sagrados hayan dado con fórmulas cuyos contenidos de verdad permanezcan aún vigentes, que habrán de permanecer vigentes para todos los tiempos y para todas las culturas. No es verosímil que aquellos hombres, sin una crítica histórica científica hayan podido escribir *sin equivocaciones* la historia del pue-

blo de Israel durante 18 siglos; sin conocer la Física, ni la Química, ni la Geología hayan podido *resolver definitivamente* el problema cosmogónico, problema que aún no ha resuelto la Astronomía moderna con sus poderosos medios de observación; sin un cultivo filosófico superior al sentido común de las gentes del pueblo hayan podido hablar *con exactitud* sobre Dios y su actividad en el mundo, sin que sea necesario, ni siquiera posible, revisar sus concepciones. En definitiva, que la Biblia no se haya equivocado jamás resulta una pretensión inverosímil a la crítica racionalista.

### La tradición de la Iglesia

Sin embargo la tradición de la Iglesia es constante en esta materia. En la

aurora del cristianismo, hacia el año 96 de nuestra era, SAN CLEMENTE, Papa romano, declaraba que las Sagradas Escrituras son "verdaderas" (1). Todavía es más impresionante la fe de SAN JUSTINO, el defensor de la fe cristiana con sus escritos contra los paganos: "nunca me atrevería—dice él—a pensar o a decir que los Libros Sagrados se contradicen. Si me presentan un caso en que me parezcan evidentes tales contradicciones (2), confesaré antes que yo no entiendo lo que se quiere decir en ellas: pues estoy completamente persuadido que las Escrituras no pueden contradecirse mutuamente" (3). "Las Escrituras son perfectas", dirá luego SAN IRENEO hacia el 160 (4).

A través de la tradición eclesiástica llega esta persuasión de la Iglesia hasta LEON XIII que la recoge en su máxima pureza: "Tan lejos está de todo error la inspiración divina, que no solamente excluye todo error, sino que lo excluye y repudia tan necesariamente, como necesariamente no puede Dios ser autor de ningún error". Todos los Padres y Doctores han pensado siempre—dice LEON XIII— que los Libros Sagrados tal como nos han sido entregados, están totalmente exentos de todo error (5).

Esta es la constante fe de la Iglesia desde sus primeros tiempos—SAN CLEMENTE y SAN JUSTINO—, hasta las últimas declaraciones pontificias—LEON XIII y Pío XII (6)—. Así se opone netamente a las sospechas o negaciones de la crítica racionalista.

Realmente la diferencia entre ambos puntos de vista parte de más arriba: la crítica racionalista no ve en el

hagiógrafo (7) más que un hombre entregado a sus propios recursos. Naturalmente que un hombre de mentalidad antigua como Moisés no pudo jamás, por sus propios medios, resolver el problema cosmogónico, o elaborar un concepto tan depurado sobre Dios. Ni la cultura del pueblo en que vivió, ni su talento personal hubieran sido jamás susceptibles de un progreso tan avanzado.

La Iglesia por el contrario ve al escritor sagrado movido por una fuerza superior que le impulsa a escribir, y que le asiste permanentemente en la realización de su trabajo para que no se deslice ningún elemento extraño en la redacción de la obra. El hagiógrafo, personalmente, —aunque se llame Moisés o Pablo de Tarso— es tan débil en su inteligencia y susceptible de equivocarse como otro hombre cualquiera. Pero cuando sobre él vela la mano del Altísimo, y le conduce a redactar un determinado mensaje, y le asiste durante su redacción, entonces, lo mismo el ciudadano erudito Isaías, que el pastor de ovejas Amós; el antiguo fariseo académico Pablo, que el pescador galileo Pedro, todos igualmente, ninguno más que los demás, son completamente infalibles.

Así la contradicción visible de las conclusiones a que llegan la tradición de la Iglesia y la crítica racionalista, respecto de la inerrancia de la Sagrada Escritura, realmente tiene su origen en un punto de vista previo: la crítica racionalista piensa en hombres que para redactar sus escritos cuentan con sus propios y limitados recursos; la Iglesia ve en ellos los instrumentos de una Fuerza Superior, que los impulsa, y conduce, y protege durante la redacción del libro (8). Por eso la obra literaria resultante no lleva solamente el sello personal humano del hagiógrafo, sino propiedades superiores a todo lo

(7) Hagiógrafo = escritor sagrado. Del griego, hagos = santo; grafé = escritura.

(8) Cfr. nuestro estudio, «En qué sentido es Dios autor de la Biblia», Proyección, 1959, núm. 22, pp. 164-171.

(1) Carta a los cristianos de Corinto, 45 2. Enchiridion patristicum, 22.

(2) Más adelante presentaremos algunas de éstas.

(3) *Diálogo con Trifón*, 65. Ench. Patr. 138.

(4) *Contra los herejes*, 2 28 2. Ench. Patr. 203.

(5) LEON XIII, *Encíclica «Providentissimus»*. Enchiridion Biblicum, 124 y 127.

(6) Pío XII, *Encicl. «Divino Afflante»*. Ench. Bibl., 539 ss.

que el hagiógrafo, por su cuenta, hubiera podido conseguir.

### **Pero la Biblia, ¿no tiene manifiestos errores?**

Efectivamente. Esta ha sido la piedra de escándalo de tantos críticos. En la Biblia hay afirmaciones que parecen equivocaciones manifiestas. Veamos una muestra de algunas de ellas buscadas en un repaso superficial.

En el libro 1.º de los Reyes, capítulo 7.º, versículo 23, se dice: "Hizo luego (Salomón) un mar de metal fundido, de diez codos de borde a borde, era perfectamente redondo, de cinco codos de altura, y un hilo de 30 codos ceñiale alrededor". Evidentemente si el diámetro eran diez codos, la longitud de la circunferencia según el valor de  $\pi$  son 31'41 codos; y no treinta como dice el texto bíblico. Parece, pues manifiesto que la Biblia contiene un error respecto al valor de  $\pi$ .

En el libro segundo de Samuel, capítulo 24, versículo 9, se dice que al hacer Joab el censo del pueblo, resultaron en Israel 800.000 guerreros, y en Judá 500.000. Pero en un lugar paralelo, en el libro 1.º de las Crónicas, capítulo 21, versículo 5, se da como resultado del mismo censo, 1.100.000 guerreros en Israel, y en Judá 470.000. Evidentemente las cifras del censo discrepan según la versión del 2.º de Samuel y del 1.º de las Crónicas. Luego alguno de los dos textos bíblicos no es conforme a la realidad.

Un tercer ejemplo podríamos verlo en los primeros versículos del Génesis: Moisés explica la creación del mundo conforme a la representación del universo que tenían los hebreos: un firmamento sólido sobre el cual estaban almacenadas las cataratas del cielo (el agua de la lluvia). En el firmamento dos grandes lámparas (las mayores, por supuesto, de todas las estrellas) que alternativamente se dividían el dominio de la luz (el sol durante el día, la luna durante la noche). La tierra sostenida por enormes colum-

nas sobre el abismo. En los extremos de la tierra, están las columnas que sostienen la cúpula del firmamento. Y en el seno de la tierra el Sheol, o receptáculo a donde se dirigen las almas de los difuntos. Conforme a esta concepción del universo ordena Moisés los días de la creación. Y así también explica la lluvia como un abrirse de las cataratas del firmamento, y caer el agua que estaba embalsada sobre su superficie sólida (Gen 7<sup>11</sup>, 8<sup>2</sup>). Hoy día no podemos tomar en serio una concepción de la astronomía y de la meteorología tal como la que parece que está en la base de la Biblia.

San Lucas (14<sup>26</sup>) pone en los labios del Señor estas palabras: "quien no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo". Naturalmente estas palabras tomadas a la letra se oponen a principios fundamentales del derecho natural, y al 4.º y 5.º mandamientos de la Ley de Dios. Tampoco aquí, pudiéramos decir, se expresa la Biblia correctamente.

### **El Misterio humano-divino de la Biblia**

No hemos tenido reparo en exponer con toda su crudeza esos que parecen errores manifiestos de la Biblia. La sinceridad con que lo hemos hecho creemos que lejos de enturbiar la afirmación de la Iglesia de que *la Biblia no se equivoca nunca*, nos ayuda a introducirnos profundamente en el sentido que la inerrancia bíblica tiene.

El drama de la Iglesia en su Historia y en su Doctrina ha sido siempre el mantener en su pureza el carácter divino y humano —simultáneamente— de sus instituciones y de sus enseñanzas. La Iglesia parte de una institución sobrenatural —fundada por Jesucristo—; se mantiene gracias a una corriente de vida también sobrenatural —la acción del Espíritu Santo en el Cuerpo Místico—; a la vez la Iglesia consta de organismos jurídicos, de personas humanas. Así tiene este carácter ambiva-

lente humano-divino de que hemos hablado. El mismo es el drama de Cristo, que bascula siempre entre dos polos, o ser malentendido en su humanidad, hasta que se le reduce a una mera apariencia sensible de la Virtud divina; o ser desconocido en su divinidad, oculta tras el velo de su cuerpo pasible y crucificado.

Este es también exactamente el misterio de la Biblia: en ella hay dos elementos, uno divino y otro humano; y lo mismo se puede malentenderla por sabrevalorar uno como otro. La Biblia tiene una procedencia divina, y por eso no puede contener ningún error. Pero a la vez, es efecto de un vehículo humano, el hagiógrafo. El hombre elegido por Dios para escribir un libro Santo, disfruta de una protección especial de Dios para transmitir incontaminada la verdad divina y el mensaje soteriológico. Pero ese hombre no es arrancado a su medio cultural, no es desprovisto de su temperamento y educación personales. He aquí el misterio profundo de la Biblia: la verdad divina y el mensaje soteriológico, que tienen un valor atemporal y absoluto, se vierten en unas expresiones determinadas por la geografía, la evolución histórica, el talento literario del escritor, etc. Este vehículo humano del mensaje divino, puede ser, y de hecho lo es, imperfecto, deficiente: el estilo de Pablo es oscuro, las hipérboles orientales de los profetas son exageraciones inverosímiles para nosotros los occidentales, Moisés mira los fenómenos astronómicos, geológicos y meteorológicos sin penetrar más allá de lo que ven los ojos de un beduino del desierto y lo que nosotros mismos vemos en las apariencias sensibles, inmediatas o mediatas, del cosmos. Y, he aquí el misterio: en un vehículo humano tan deficiente se ha vertido una verdad divina y un mensaje divino intachables.

Cristo, sin discusión, fué el hombre más perfecto; sin embargo, en cuanto hombre y atendida solamente su ciencia experimental, su técnica de trabajo era incipiente, su cultura histórica, sus

conocimientos de Física o de Agricultura eran los conocimientos de un judío de su tiempo. El Verbo Divino generado por el Padre en la eternidad, asumió una naturaleza humana, y ésta, en su desarrollo experimental de lo cultural, técnico, social, etc., tenía todas las limitaciones propias de su pueblo y de su época. Este ha sido el gran misterio de Cristo: Verbo increado, eterno con el Padre, judío de Galilea en los años veintitantos de nuestra era.

Dios, efectivamente, nos habla en la Biblia; pero nos habla con palabras de hombre; que tienen un sentido determinado en un pueblo y en una cultura; y que trasladadas a otras coordenadas históricas no significarían nada, o significarían otra cosa.

S. JUAN CRISOSTOMO llamó a este fenómeno la "condescendencia" divina en la inspiración de la Sagrada Escritura. "Dios escribiendo para los hombres se *ha abajado* hasta nosotros, ha tenido en cuenta nuestra pequeñez, ha condescendido con nuestro modo de hablar, con nuestro lenguaje ordinario, con nuestras palabras, nuestras figuras retóricas, e incluso —dentro de ciertos límites— con nuestro modo de sentir y de concebir" (9).

#### En lo que afirma, nunca se equivoca la Biblia

Si Moisés tenía una representación elemental de la estructura del universo, Dios, al encomendarle la transmisión a los hombres del mensaje de que "*el mundo ha sido creado por Dios*", no le instruye previamente con una cultura universitaria moderna acerca de los fenómenos astronómicos o geológicos. La expresión hebrea de lo que ofrecen las apariencias sensibles es suficientemente apta para servir de cauce al mensaje —*la creación* de todo cuanto constituye el mundo perceptible—, ni tampoco sabemos si las teorías

(9) Así resume el pensamiento del Santo Doctor, FABIO FABBI, *La «condiscendenza» divina nell' ispirazione biblica secondo S. Giovanni Crisostomo*. En *Biblica*, 14 (1933) 330-347. El texto citado está en la pág. 332.

más modernas de EINSTEIN, DE SITTER, JEANS o EDDINGTON, se acercan más a la realidad, y son por ello más aptas para transmitir el mensaje divino de *la creación*. La concepción hebrea es por lo menos tan apta como las más modernas, para el fin en este caso pretendido por Dios.

Por lo tanto la Biblia no se equivoca al exponer en los primeros capítulos del Génesis la creación del mundo. Porque lo que en ellos se afirma es escuetamente *la creación del mundo*, no la concepción cósmica que pudiera estar en la base de lo que los hebreos expresaban describiendo las cosas conforme a las apariencias sensibles o al modo vulgar de hablar en su época, objeto éste único de sus afirmaciones. La concepción cósmica vigente en aquella época no fué sino el substrato latente a esas descripciones populares, substrato no expresado intencionadamente en las declaraciones del autor sagrado.

Igualmente las medidas que nos da el hagiógrafo del "mar" de metal fundido que puso Salomón en el Templo de Jerusalén, tienen una aparente inexactitud. El valor de  $\pi$  es sólo aproximado. Sin embargo tampoco aquí la intención del hagiógrafo es expresar con exactitud de milímetros las dimensiones de este "mar": el mensaje bíblico pretende perpetuar para la memoria de las generaciones posteriores —de hecho ha llegado hasta nosotros— la magnificencia del Templo de Salomón, enaltecer a los ojos de los judíos la dignidad del culto a Dios. Esto se consigue suficientemente dando las medidas en números redondos —diez codos, cinco codos, treinta codos—. Lo mismo da que el diámetro sean 10 codos que  $9.75$ , o que la circunferencia sean 30 codos que  $31.41$  para la transmisión del mensaje bíblico. El hagiógrafo no escribe un informe para arquitectos, y por eso no pretende dar las medidas exactas. Le resultan más útiles unos números redondos que se fijan mejor en la memoria. Y así la Biblia no se equivoca, pues lo que pretende decir es que la circunferencia tenía *aproximadamente* 30 co-

dos, y esto es completamente verdad: 30 codos son aproximadamente  $31.41$ .

La misma solución hay que dar a las otras dos dificultades propuestas más arriba: no hemos de fijarnos en lo que *materialmente* dice la Biblia según el sonido de las palabras, sino en lo que la Biblia pretende afirmar en cada caso (10). Eso es lo que es auténticamente su verdad. Pero ese mensaje puede ir vertido en palabras, expresiones, sentimientos que en su literalidad material no son afirmados ni negados; es el contenido de lo que por medio de esas expresiones materiales quiere comunicarnos o afirmar el autor, lo que hemos de recibir como afirmación suya.

Para anunciar que Babilonia será arruinada por los medos, Isaías puede decir que "las estrellas del cielo y sus constelaciones no hacen brillar su luz, se ha oscurecido el sol en su nacimiento, y la luna ha apagado su luz" (Is 13<sup>o</sup>). Estas expresiones a nosotros nos sugieren un cataclismo cósmico; para Isaías es simplemente una manera expresiva de anunciar la ruina de Babilonia (11). Pues bien, la verdad de la Biblia está en aquello que *pretende afirmar* Isaías, no en la verifica-

(10) Esta doctrina no tiene nada que ver con lo que se ha llamado reducción de la inerrancia a los *asuntos de fe y de moral*. Nosotros, en efecto, no pensamos en reducir el campo de las cosas que Dios nos enseña. El mensaje bíblico puede, en algunos casos, referirse a un acontecimiento de la historia civil, por ejemplo, la emigración del pueblo de Israel de Egipto. Entonces ese mensaje —histórico— será necesariamente verdadero: a eso es a lo que afecta la inerrancia. No a las expresiones materialmente tomadas, y sobre las cuales no se define personalmente el hagiógrafo. Las toma, sin juzgarlas, del medio cultural del pueblo en que vive.

(11) Las mismas expresiones de un cataclismo cósmico emplea Jesús en el discurso sobre el fin del Templo de Jerusalén (Mt 24, 29) y es posible que, conforme a una mentalidad oriental, no signifiquen estas terroríficas descripciones el fin del mundo por cataclismo cósmico sino simplemente la destrucción de Jerusalén por los ejércitos de Tito, o la destrucción del campo de nuestra existencia en una forma muy diferente de aquella que el Señor usó en su descripción.

ción material de sus palabras; las cuales en nuestra cultura occidental y moderna tienen un significado completamente distinto del que entendían los oyentes inmediatos del profeta.

“Quien no odia a su padre y a su madre, no puede ser mi discípulo”, no significa en el lenguaje arameo de Jesús más que esto: “quien ama más a su padre y a su madre que a Dios, hasta el punto de no tener escrúpulos en pecar por causa de ellos, no puede ser mi discípulo”. Pero el lenguaje oriental que usaba Jesús, hecho de intuiciones y de emoción más que de lógica, traduce el *no amar más por odiar*. Esa frase es verdadera en el mundo cultural de los oyentes de Jesús. Si El hubiera tenido que hablar a occidentales del siglo XX hubiera dicho la misma idea, pero empleando otras palabras; palabras que a su vez serían extrañas a una cultura de signo distinto, por ejemplo, japonesa o africana. El mensaje divino de la Biblia tiene que verificarse en alguna cultura histórica. Para transverterlo a otra cultura se impone una traducción del mensaje a palabras y fórmulas distintas. Sólo así puede mantenerse en su autenticidad. Una inteligencia simplemente literal significa exactamente falsearlo.

He aquí la dificultad de la lectura de la Biblia, y la importancia de la labor del exegeta.

### Criterios normativos de la Exégesis

Según el desarrollo hecho hasta el presente, hemos llegado a la conclusión de que efectivamente la Biblia siempre dice la verdad. Pero que ésta no es la verdad fácil, que aparece a primera vista. Que debido a la disparidad de las circunstancias históricas y culturales en que se movía el hagiógrafo, respecto de estas en que vivimos nosotros, el sentido auténtico y profundo de su mensaje puede ser otro del que significa literalmente sus palabras.

Esto quiere decir que una inteligencia acertada de la Biblia requiere un previo trabajo científico. Hace falta un

conocimiento del medio cultural en que se movía el hagiógrafo para poder valorar el sentido de sus palabras. Si San Juan dice que Cristo es el Verbo del Padre, no cabe duda que esta expresión tiene un valor muy distinto para un griego del siglo I, para un europeo medieval del siglo XIII, o para un cristiano del siglo XX, para quien lo más fácil es que no signifique nada. El cristiano de hoy necesita una traducción a su lenguaje usual del mensaje que Juan transmite en aquella expresión Logos tou Zeou, Verbo del Padre.

Este trabajo exige naturalmente una metodología científica. Pío XII exortó a los exegetas a penetrar en las lejanas culturas orientales en las que se verificó el fenómeno de la inspiración bíblica: “No podemos captar el sentido literal de las palabras y los escritos de los antiguos autores orientales, con la misma claridad con que lo captamos en los autores contemporáneos nuestros. No son únicamente la Gramática, la Filología y el contexto literario los que determinan el sentido de sus palabras; es completamente necesario que el intérprete se sumerja en las antiguas edades del Oriente y con la ayuda de la Historia, la Arqueología, la Etnología y demás ciencias vea con claridad qué géneros literarios se emplearon. Pues los orientales antiguos expresaban sus ideas con fórmulas y estilo muy distintos del que empleamos ahora nosotros” (12).

El P. BENOIT propone además otra vía para penetrar en la auténtica mentalidad del autor sagrado: los llamados por él “criterios formales” (13). Más personalista, pretende entrar no precisamente en la cultura del autor, sino en su actitud vital. Depurar en el conjunto del escrito aquello que es lo *formalmente afirmado*, desglosándolo de todo el bagaje de ideas y expresiones concomitantes. Estos “criterios forma-

(12) Pío XII, *Encicl. «Divino Afflante»*. Ench. Bibl., 558.

(13) ROBERT TRICOT, *Initiation biblique. Chapitre I, L'Inspiration*, por PIERRE BENOIT.

les" de Benoît podrán ser más o menos discutibles. COPPENS (14) los admite fundamentalmente, si bien les introduce alguna corrección de detalle. También los sigue fielmente FORESTELL (15). No creo tan oportuno por el momento entrar en la discusión de la metodología a seguir según estos especialistas; estimo suficiente haber expuesto el núcleo fundamental del problema.

La inerrancia bíblica es, en conclusión, indiscutible. Lo que no se puede hacer es entender simplemente este principio, y pretender ver en cada frase de la Biblia, desligada de su contexto literario y de su medio ambiente cultural, una expresión absoluta de la Verdad. Esto equivale a desnaturalizar la esencia humano-divina de la Biblia: esa ambivalencia trascendente, que es a la vez característica fundamental de la Iglesia (16) y del mismo Cristo.

#### La Escritura como regla de la fe

Las páginas anteriores plantean una dificultad: ciertamente la Biblia es infalible, el mensaje bíblico es absolutamente verdadero. Pero, si el cristiano medio de hoy, separado de los escritores sagrados por una inmensa distancia de tiempo y de cultura, no puede tener la seguridad de captar en una lectura inmediata el pensamiento auténtico del autor, ¿qué utilidad le reporta la lectura de la Biblia? Lo que allí se dice puede ser verdad, pero si en definitiva yo no puedo estar cierto —los mismos exegetas especializados no están muchas veces ciertos— de que lo que yo entiendo es precisamente lo que el autor sagrado ha querido decir, ¿qué función bienhechora puede re-

(14) *L'Inspiration et l'inerrance bibliques*, en *Ephem. Theol. Lov.* 33 (1957) 36-57.

(15) *The limitation of inerrancy*, en *The Catholic Biblical Quarterly*, 20 (1958) 9-18.

(16) Sobre esta esencia de la Iglesia véanse los artículos de RAFAEL GIL, «Sobre la esencia de la Iglesia», *Proyección*, 1958, n. 18, pp. 176-183; y VÍCTOR CODINA, «Estructura espacial y temporal de la Iglesia», *Proyección*, 1959, n. 22, pp. 172-176.

presentar para los cristianos la lectura de la Biblia?

Esta dificultad la reconoce la Iglesia: la Biblia puede ser malentendida. Aunque su mensaje sea verdadero, puede ser desfigurado en la inteligencia de sus lectores. Esta es la razón por la cual la Iglesia no permite que se editen traducciones de la Biblia en las lenguas modernas si no van provistas de notas aclaratorias (17). Los puntos de más difícil inteligencia son explicados conforme al sentir tradicional de la Iglesia.

En cambio lo que resulta insostenible es el "libre examen" de los protestantes. Se ve claramente que si la recta inteligencia de la Escritura está sometida a tales dificultades es imposible al simple fiel llegar en muchos casos a una interpretación correcta de ella. Por otra parte, no podría un científico en nombre de su pericia exegetica imponer a los demás el sentido que él, con su falibilidad de hombre, cree encontrar y obligar a los demás a un acto de fe en el sentido por él hallado. Sólo la Iglesia, con su infalibilidad, puede exigir a todos el asentimiento de fe a la interpretación que ella da de la Escritura.

Más lejos fué el P. LAGRANCE cuando hace muchos años se preguntaba si sería posible hacer un acto de fe divina sobre un texto de la Escritura, si no mediaba una declaración oficial de la Iglesia (18). Solamente en este caso, cuando la infalibilidad objetiva de la Escritura (19) hubiera sido interpretada por

(17) Canon 1391: «No se pueden imprimir las versiones de las Sagradas Escrituras en lengua vernácula, a no ser que estén aprobadas por la Sede Apostólica o que se publiquen bajo la vigilancia de los Obispos y con notas sacadas principalmente de los Santos Padres de la Iglesia y escritores doctos y católicos».

(18) *Revue Biblique*, 3 (1906) 307-308. El mismo punto de vista ha sido recogido recientemente por FORESTELL, artículo citado, pp. 17-18.

(19) Entiendo por infalibilidad objetiva de la Escritura, la del texto mismo. El mensaje bíblico —que puede ser mal comprendido por mí pero que en sí mismo es infalible. La llamo objetiva porque se refiere al contenido del texto en sí mismo.

la infalibilidad subjetiva de la Iglesia (20) podríamos decir que tenemos base suficientemente sólida para fundamentar en un texto de la Escritura un acto de fe divina. Esa interpretación del magisterio oficial de la Iglesia, ya no estaría afectada por la contingencia del saber humano, sino que estaría sostenida por la asistencia trascendente del Espíritu Santo. La mayoría de los teólogos, sin embargo, prefiere decir que el acto de fe sería posible al particular cuantas veces tenga éste certeza moral del sentido de un texto bíblico; aunque sólo la Iglesia con su autoridad infalible pueda exigirlo de los demás.

#### La lectura cristiana de la Biblia

Esto no significa que la Sagrada Escritura sea una literatura enigmática, de sentido esotérico, viable solamente para especialistas. Nada más lejano de la realidad. La Escritura la ha dado Dios a la Iglesia para la edificación de los cristianos (21). Dentro del plan de la Providencia divina está el que los

cristianos de corazón sencillo y alma de niño encuentren la edificación de su espíritu en la lectura inmediata de la Biblia.

Puede haber libros más difíciles y oscuros, como el Cantar de los Cantares o el Apocalipsis. En cambio en general los libros del Nuevo Testamento, en concreto los Evangelios, con algunas breves notas aclaratorias, están al alcance de todos los cristianos. Yo diría que no se requiere para penetrar profundamente su sentido una gran ciencia hermenéutica, sino una nítida pureza de alma. La Escritura Sagrada —lo que no le ocurre a ningún otro libro— contiene un *mensaje vivo*, con fuerza en sí mismo. En las páginas del texto Sagrado anida una corriente de vida que se derrama en el alma cristiana que recorre con ojos sencillos y corazón puro las páginas de la Biblia. Esta lectura sagrada no tiene parecido ninguno con la lectura de los demás libros. Son el Espíritu y la Fuerza de Dios que confortan nuestras almas con su lectura.

(20) Entiendo por infalibilidad subjetiva de la Iglesia, la interpretación que hace la Iglesia de un texto de la Escritura vertiéndolo a palabras y conceptos de nuestra cultura, por lo cual determina infaliblemente el sentido del texto. La llamo subjetiva, porque se refiere a la comprensión del texto.

(21) Son muy interesantes las consideraciones de KARL RAHNER sobre la Escritura como elemento constitutivo de la Iglesia en su libro *«Ueber die Schriftinspiration»*, Friburgo en Br. 1958, pp. 55-58. No es más que una segunda edición, ampliada en puntos accidentales, del artículo con el mismo título aparecido en *Zeitschrift für katholische Theologie* 78 (1956) 137-168.

Lo que hemos dicho de la dificultad de captar en una lectura inmediata el mensaje auténtico de un escritor alejado de nosotros por el tiempo, la geografía y la cultura ha de servir para no confiar excesivamente en nuestras propias ideas personales en la interpretación de la Biblia; sino buscar en ella el sentido tradicional de la Iglesia. La Escritura y la tradición viva de la Iglesia son las dos fuentes de nuestra instrucción espiritual, y de la edificación progresiva de Cristo en nosotros.

